

De cualquier manera, Guerra deja bien claro que el verdadero ataque contra la sociedad tradicional comenzó con las reformas borbónicas de fines de la época colonial y con la acción de los liberales del siglo XIX. Sólo Porfirio Díaz logró imponer a la sociedad tradicional un estado modernizador tradicionalizado, reconociendo la necesidad de la incorporación de mecanismos no formales de ejercicio del poder, irreductibles a los esquemas europeos de la democracia. En esta

perspectiva, el estudio de Guerra nos resulta a los mexicanos particularmente perturbador, al descubrirnos la semejanza de la coherencia porfiriana con la del actual sistema de gobierno, a la vez moderno y tradicional. Nos obliga a reflexionar sobre las limitaciones y consecuencias posibles de los procesos de modernización y abre la posibilidad de pensar en una nueva alteración revolucionaria, que no resulte más que otro "intermedio" necesario para que avancemos otro poco en el viacrucis adaptativo de nuestro ciclo de revoluciones burguesas.

Si duda el análisis extremadamente rico en información y en ideas de Guerra deberá ser matizado o corregido en puntos concretos. Acaso también su modelo deba ser pensado a partir de una explicación más global del proceso de cambio que vive nuestro país desde la conquista. Pero pocos libros como éste nos permiten calar tan hondo en la reflexión sobre nuestro pasado, nuestro presente y el sentido de nuestra historia.

Si duda el análisis extremadamente rico en información y en ideas de Guerra deberá ser matizado o corregido en puntos concretos. Acaso también su modelo deba ser pensado a partir de una explicación más global del proceso de cambio que vive nuestro país desde la conquista. Pero pocos libros como éste nos permiten calar tan hondo en la reflexión sobre nuestro pasado, nuestro presente y el sentido de nuestra historia.

De Palestina a la Hipódromo Condesa

Francisco Pérez Arce

Guadalupe Zárate, *México y la diáspora judía*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1986, 189 pp. (Colección Divulgación).

Primo Levi escribió que en su infancia y juventud (en los años treinta) ser judío le significaba algo más bien vago, un sentimiento religioso y la conciencia de una cultura antigua, que no le impedía sentirse italiano (en su natal Turín), convivir con sus compañeros italianos, compartir sus deseos, sus juegos, su idioma. Pero luego vinieron las leyes fascistas sobre las razas que lo "hicieron distinto". Después vivió el infierno de Auschwitz y el resto de su vida fue recordar, reflexionar, escribir sobre el holocausto. Ser judío tuvo un significado radical.

El libro de Guadalupe Zárate tiene virtudes indiscutibles: nos recuerda que la pluriétnicidad de

México no termina en el reconocimiento de las etnias indias (ahí apenas empieza), y recorre la historia moderna de los judíos en México. El tema tiene, naturalmente, dos caminos: de una parte la historia milenaria de los judíos, y de otra la historia moderna de México. El primero es de una magnitud inabarcable y Guadalupe Zárate se limita a un apretado resumen, suficiente para que los judíos que vinieron a México no resulten seres caídos de la nada, misteriosos, y con habilidades y fortuna inexplicables en ciertas actividades económicas. Recuerda la historia complejísima de su origen, de su diáspora, de su cultura del exilio permanente, y de sus diferencias internas.

El segundo camino, la historia mexicana, es el de su verdadero objeto de estudio. Interesa saber lo sucedido en este país en la medida que explique la forma peculiar de inserción de estos

nuevos mexicanos que fueron llegando durante el periodo porfiriano y hasta la quinta década del siglo XX (el libro se ocupa del tema sólo hasta la cuarta década). La investigación no se propone problematizar la historia de México, sino aportar, añadir un aspecto, una pieza relacionada con la historia económica, pero también con la historia de la sociedad y la cultura.

En la cuestión económica investiga las razones del éxito de los recién llegados, buscando las condiciones precisas de la economía mexicana durante el porfiriato, y sobre todo los espacios aprovechables en los años revolucionarios e inmediatamente postrevolucionarios. Paralelamente expone las características propias de la emigración judía, sus rasgos comunitarios, su cohesión y solidaridad internas, la lógica de sus "instituciones" en la sobrevivencia y fortaleza de la comunidad.

La comunidad se consolidó entre 1910 y 1940. En buena medida gracias al mayor flujo migratorio de esos años (la autora explica este incremento como efecto de una dinámica internacional, principalmente europea, y de la política inmigratoria estadounidense) pero también porque en este periodo los judíos afirmaron su presencia en el ámbito económico (comercial, industrial y financiero) y pudieron desarrollar libremente su actividad cultural y comunitaria.

Si bien en México la comunidad judía no ha sufrido persecución racial, a pesar de que los mexicanos son masivamente católicos, y a pesar también del nacionalismo en boga sobre todo en ese periodo, la autora refiere una campaña

antisemita, que recuerda los tonos y los humores de otros países. Sin embargo, más que un sentimiento popular extendido, se trataba de expresiones promovidas por intereses de comerciantes que pretendían erradicar una competencia difícil. En cualquier caso, tales manifestaciones no tuvieron mayores consecuencias, ni tuvieron secuelas que arraigaran entre la población.

En la medida en que la comunidad judía no encontró un medio hostil, pudo existir libremente con su religión y costumbres, obtuvo un afortunado éxito económico. . . En este sentido, su cohesión y carácter cerrado (endogámico) tiene que explicarse por motivos culturales e históricos, y por la influencia de actitu-

des antisemitas extendidas en otros países (los de su procedencia, por ejemplo).

Si algo tenemos que reprocharle al libro es que nos deja una historia inconclusa. Pareciera que precisamente la década que abandona (1940-50) fuera de lo más importante para el hallazgo de claves y tendencias. . . Por ejemplo el efecto de la segunda guerra y la posterior difusión de la verdadera magnitud del holocausto. . . Por ejemplo la vida mexicana de las segundas y terceras generaciones, crónica que nos llevaría a nuestras propias guerras en el desierto caminando con amigos de apellidos exóticos (Grinstein, por ejemplo) por calles entrañables de la Hipódromo Condesa.

Raza pródiga

Arnaldo Momigliano

Paul Johnson, *A History of the Jews*, Harper and Row, 1987, 644 pp.

Durante más de un milenio, los judíos se dividen entre países cristianos y musulmanes, y hubo siglos en la Edad Media en que la influencia intelectual de la filosofía árabe podría parecer decisiva en el rumbo del pensamiento hebreo. Por razones que Bernard Lewis puede explicar mejor que cualquier otro estudioso de la actualidad, esto no fue así, y es en los países cristianos donde los judíos emergen como los más creativos, decididos e innovadores. En

otras palabras, los judíos se han beneficiado de los siglos de superioridad técnica e intelectual cristianos, incluyendo el Renacimiento italiano.

Esto admite un elemento paradójico porque los judíos, tal vez hasta más que los cristianos, tenían una posición reconocida en el mundo musulmán, mientras que, según entiendo, hasta el siglo XIX en principio sólo tuvieron una alternativa en el mundo cristiano —y esa era la conversión al cristianismo. Una mezcla de asesinato y conversión de judíos fue lo que intentaron los cruzados antes de lanzarse en contra de los musulmanes. Conversión o expul-

sión fue el famoso remedio de España al finalizar el siglo XV. El asunto de la conversión seguía con vida en las cabezas de los eclesiásticos menos liberales de Italia en los años entre 1938 y 1945, como lo sabemos por experiencia propia muchos italianos judíos. Aún es un problema hasta qué punto contribuyó esta preocupación al silencio de las iglesias de Italia, Francia y Alemania durante esos años.

El único acercamiento histórico legítimo al judaísmo es por supuesto considerarlo como la primera religión nacional que organizó un monoteísmo ético, al menos desde el siglo IX a.C.: la moralidad de